

Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno

“Vive la vida que amas. Ama la vida que vives”
(s. 21,8).

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Cada quien ofrece lo que tiene en su corazón, por eso, juzgar a una persona no precisa quien es ella, precisa quién eres tú. Sí, ¡es la verdad! Buscar es preguntar. Dolorosamente siempre estamos juzgando, calificando, enjuiciando, criticando y no somos capaces de hablarle al otro para que en un instante recapacite y se adentre, asimismo, en un cambio de vida. En palabras de Agustín de Hipona, que franqueó por toda esta situación:

“

Me volveré a mí; allí encontraré lo que he de inmolar. Entraré dentro de mí; en mí encontraré la inmolación de alabanza; sea tu altar mi conciencia” (ciu. 49,21).

Esta frase: “Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno”, procede de un proverbio latino consignado por Publio Terencio Africano, autor de comedias, nacido esclavo, que logró la libertad gracias a sus méritos y la bonhomía de su patrón, resume como ninguna otra nuestros sentimientos ante la situación de una parte importante

de la población griega, trasunto de la de otros conciudadanos más próximos, sus penurias tal vez por ello, más dolientes.

El texto en latín dice: “*Homo sum, humani nihil a me alienum puto*” (Hombre soy, nada humano me es ajeno). Lo escribe en su comedia *Heauton Timoroumenos* (El enemigo de sí mismo) en el año 165 a.C., pronunciada por el personaje Cremes para justificar su intromisión. Sin embargo, la cita ha quedado para la posteridad como una justificación de lo que ha de ser el comportamiento humano.

El diccionario de la Real Academia de la Lengua ofrece varios significados relativos al vocablo ‘humanidad’, todos ellos muy útiles, para mostrar el sentido de lo humano: “naturaleza humana; género humano; conjunto de personas; fragilidad o flaqueza propia del ser humano, sensibilidad, compasión de las desgracias de otras personas; benignidad, mansedumbre, afabilidad; cuerpo de una persona; conjunto de disciplinas que giran en torno al ser humano, como la literatura, la filosofía o la historia; antiguamente, lengua y literatura clásicas”.

Algunos, equivocadamente, relacionan el proverbio con “orgullo”; pero en el habla cotidiana indica “humildad”, “aceptación de los posibles errores personales”, en la misma línea que las expresiones “errar es humano” y “el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra”.

Se concibe bien que Publio Terencio Africano afirmara que nada de cuanto es humano le fuera ajeno. También si consideramos la naturaleza humana como el conjunto de todos los hombres o de las cualidades y caracteres propios del hombre. ¿Quién no se siente atraído para admirar y atender, por ejemplo, a la fragilidad o flaquezas de los demás? ¿No demuestra nuestra sociedad la compasión acerca de las desgracias humanas? ¿Acaso no deseamos vivir y ayudar a vivir la benignidad, mansedumbre o afabilidad con los que nos rodean y aun con los lejanos? ¿No seremos capaces de respetar la dignidad del cuerpo en la salud y en la enfermedad y, también, no considerándolo

como un objeto de usar y tirar? ¿Tenemos en mucho las disciplinas citadas, que facilitan una mejor comprensión del ser humano?

Agustín de Hipona recoge esta máxima de Publio Terencio Africano, comentándola de la siguiente manera:

“ Soy un ser humano, y nada de lo que es verdaderamente humano me es ajeno (ep. 78,8).

Cada uno se considera dueño absoluto y responsable de sus actos e inmediatamente, si hay problemas, se retracta, y niega los propios ideales; se considera libre y, al mismo tiempo, no le tiembla el pulso a la hora de hacer lo indebido; se cree en el Dios del que nos han hablado a lo largo de toda nuestra infancia, pero las preguntas suscitadas por la propia experiencia y por las asignaturas estudiadas llevan a cuestionar imágenes, dogmas y actitudes religiosas.

Esta redacción se debe a una interpelación de un amigo, Kevin, sobre una frase que le suministraron y le provocó muchísimo la atención: “Me postré consciente de mi nada y me levanté sacerdote para siempre”, santo cura de Ars. ¡Qué difícil es esto, Padre! Sí. Y, más aún, lo fácil que se juzga a una persona. De inmediato vino a mi mente la frase de Publio Terencio Africano, “Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno”, y el comentario que Agustín de Hipona le hace a la frase: “Soy un ser humano, y nada de lo que es verdaderamente humano me es ajeno (ep. 78,8). Voy a explicarle el contenido de todo este saber que contiene estas palabras, sólo le pido un poco de tiempo, paciencia y lo hacemos los dos. ¿Por qué se juzga tanto? En el instante, mis palabras fueron estas: lo fácil que se juzga sin saber o conocer la realidad. Pero, voy a decirle una cosa, un valor que es grande para mí: Lo mejor que he recibido en mi vida es mi Consagración, el haberme postrado y levantarme otro diferente. En pronunciar como los profetas: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad” (Ps 39).

¡Cuánta necesidad hay de jóvenes que quieran servir con amor, misericordia y compasión! Que quieran postrarse conscientes de la nada y levantarse sacerdotes para siempre, que quieran entregar, si es posible, la vida por otros.

“Y, amonestado de aquí a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y pudelo hacer porque tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi con el ojo de mi alma, como quiera que él fuese, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable” (conf. 7,10,16).

Le participo de este acontecimiento de Agustín de Hipona, usted es el que va a juzgar, y recuerde ¡Qué preclaro ver lo humano que somos! Lo humano que nos caracteriza, que nos lleva a estimar a los demás y aceptarlos tal cual son ellos. Fácil no es, siempre estamos juzgando. “Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace” (conf. 12,9). Este es el suceso vivido por Agustín:

“ Llegué a Cartago, y por todas partes chisporroteaba en torno mío un hervidero de amores impuros. Todavía no amaba, pero amaba amar (...) Y por eso mi alma no se hallaba bien, y, herida, se arrojaba fuera de sí, ávida de restregarse miserablemente con el contacto de las cosas sensibles (...) Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo de la persona amada. De este modo manchaba la fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia y obscurecía su claridad con los infernales vapores de la lujuria” (conf. 3,1,1).

Uy, Padre, ¡me dejó sin palabras! Cierto es todo esto. Con el tiempo aprende uno a valorar a la persona, a quererla más y preocuparse por ella. En vez de vivir parte de la jornada juzgando o criticando a nuestros semejantes. Es suficientemente inquietante esta situación.

Sí. Qué bueno que recordemos que somos de barro, necesitamos que el alfarero nos ayude a vaciar. Que tome la arcilla y la convierte en barro.

El escrito que lleva por título: **Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno**. Es toda una sinopsis de hechos e historias reales, que ayuden a sensibilizar a los demás: Lo que siembras, recoges. Dios da forma a nuestras vidas. Del mismo modo, recapitula unas inquietudes sugeridas por Kevin que le habían impactado al ojear una frase del santo Cura de Ars. De la misma forma, estará respaldado por estos puntos básicos a desenvolver en el artículo:

1. Mis recuerdos
2. Mirar el mundo
3. De qué barro soy
4. Buscar es preguntar
5. Descubre por ti mismo
 - a. ¡No Juzgues!
 - b. Atrévete a conocer
6. La verdad es lo que es
 - a. Sé feliz con lo que tienes
 - b. De pie sobre la tierra
7. Fe firme: inquebrantable e inamovible
 - a. Atrévete, a ojearlo
 - b. Estar con Dios
8. Todo a su tiempo

No se puede decir que es fácil. Fácil no es. Todo es cierto. No voy a negar que dejar de juzgar situaciones o personas es algo sencillo. Cuesta, y mucho, porque nuestra mente o ego disfruta comparándonos, analizando situaciones, se

“La medida del amor, es el amor sin medida”
(ep. 109,2).

mueve siempre entre las polaridades de luz y oscuridad, blanco y negro, bien y mal.

1. Mis recuerdos

Al describir algunos rasgos de la existencia de Kevin, precisamos que es una persona sencilla, noble, inteligente, perspicaz en sus quehaceres cotidianos, humano, sensible, afectuoso y con ciertos altibajos. A veces está de mal humor, siente con ímpetu la ira y el odio dentro de sí y se pelea con sus compañeros. Se ha distinguido por su entrega y servicio desinteresado. Tiene interés en su proceso formativo, aunque se desanima fácilmente. Es espiritual y le gusta la lectura, aunque le gana la flojera prefiere hacer otra cosa.

Padre de una niña, Salomé. Es tierno y poseedor de cualidades humanas, de los conocimientos y habilidades. Puede interactuar fácilmente con los demás, aunque es llevado por sus caprichos. De valores y principios. De fe y de confianza en sus hermanos. De una gran honradez, integridad personal y de pertenencia a la comunidad. Valora su trabajo y es responsable.

Buena presentación personal, creatividad, flexibilidad, simplicidad y liderazgo. Es de destacar, su punto de vista positivo sobre el mundo, el hombre y el horizonte religioso de la persona, valora a quien le enseña.

Qué propios estos rasgos en Kevin, es el momento de ayudarlo a mejorar ciertas actitudes equivocadas, ciertos criterios que maneja y ciertas sensibilidades que presenta. Es Dios el que proporciona este refuerzo. Lo que difundimos es lo que más adelante recogemos. Cada uno promete lo que posee en su corazón. Sólo a mí me queda invitarle a que asuma con caridad, libertad, responsabilidad y transparencia estas amonestaciones de vida y que tenga la humildad de revisar su vida y con la sinceridad sea capaz de llegar al perdón, quien perdona es capaz de amar. Agustín de Hipona, dice:



La ley de la caridad es ley de la libertad” (ep. 147,10).

Entonces, preguntémosle a Kevin ¿Y cómo se manifiesta el espejo en tu vida? Muy fácil: La ausencia de alguien la llena Dios. Pero la ausencia de Dios no la llena nadie. Si ves reflejado en el exterior una situación injusta hacia ti, probablemente es porque tú mismo estás siendo injusto contigo.

Sí, Padre. Soy joven y creo en los momentos espontáneos, en las palabras del corazón, en los pequeños detalles, los profundos sentimientos y las respuestas simples del corazón. Utilizo la escritura para expresarme y la literatura para viajar por el tiempo, pero sobre todo utilizo mi vida para crear memorias dignas de recordar. Hay muchas cosas en mi vida que no permanecen, pero le puedo asegurar que nada ni nadie me podrá arrebatarse el recuerdo de un día lleno de historias que contar. Es mejor invertir en recuerdos que en lujos.

La adolescencia es una etapa en la cual crear memorias debe ser algo natural. No hay nada mejor que salir con los amigos a conocer, viajar con la familia, leer un buen libro, ir a la playa y estar con la niña. Las fotografías, las risas, los momentos espontáneos, todo eso viene en el paquete. Hay muchas cosas en la vida que son frágiles y no permanecen. Cada día de la vida tiene diferentes momentos, ¡procura vivirlos todos! El hombre vive en una línea de tiempo dividida en etapas que no se detiene. No hay nada más hermoso que poder vivirlas.

Cuando una persona vive su niñez al máximo, al entrar a la adolescencia no querrá volver a ser niño, pues sabe que esa etapa ya la vivió. Para poder crear memorias duraderas primero tienes que identificar en qué etapa estas. Cada una de ellas tiene su propia belleza y complejidad, solo hay que identificarlas y vivirlas. No hay una mejor manera de pasar cada una de las etapas que rodeado de las personas que amas. La familia y los amigos conforman una parte muy significativa de tus memorias. No hay nada más hermoso que compartir una

risa, una palabra, un abrazo y hasta un momento con alguien a quien verdaderamente amas.

Siempre he dicho que cuando uno es joven necesita estar rodeado de amigos verdaderos. Un amigo verdadero es uno que no importando cuál sea el problema, nunca te deje solo y te siga amando. Personas así son las que valen la pena tener en tu vida. Las mejores memorias no son mejores por lo que hagas sino por con quién las hagas. Las personas creen que un buen recuerdo obligatoriamente tiene que ser algo divertido. No, no es así. Un buen recuerdo puede ser cuando tu amigo estuvo ahí para consolarte, o cuando necesitabas ayuda y él vino y te la brindó.

Los amigos que están en esos momentos de necesidad son los que verdaderamente son fieles. Son estos los que valen la pena tener en los momentos de diversión y felicidad. Con ellos es que se crean las mejores memorias. Dios ama la disciplina y los éxitos. Sin duda que uno de los mejores recuerdos de Kevin persiste cuando recibe estos consejos:

“Tenemos un solo Amigo; y bajo Él todos somos condiscípulos”
(s. 34,1).

- **Toma un papel y haz una lista de todos tus sueños.** Trabaja en ellos y cada vez que uno se vaya cumpliendo lo tachas de la lista.
- **Saca tiempo de calidad con tu familia y amigos.** Es así como se van creando esos momentos inolvidables.
- **Disfruta de los pequeños detalles.** Muchos se enfocan en las cosas o hechos grandes y no se dan cuenta que de los pequeños puede salir algo gigante y hermoso. ¡Sonríe! No hay nada más agradable como estar con alguien que sea feliz. Una sonrisa puede marcar una diferencia en una vida.

- **Busca aventuras.** No trates de vivir una vida monótona. Muchos se quejan de que sus vidas son aburridas, pero no se esfuerzan para hacer de esta más interesante.
- **Pide menos, da más.** Las personas dadoras son doblemente bendecidas, pues si estas dan es porque ya tienen. Cuando eres un dador lo único que quieres es bendecir a los demás. Los dadores son verdaderamente felices porque no esperan nada de nadie.
- **Sé agradecido.** No importa si tienes poco o mucho, por lo que tengas sé agradecido. El agradecimiento es un estilo de vida.

“La gratitud es la memoria del corazón”, lo dice Lao Tse. Gracias, Padre. Qué alegría escuchar estos consejos sabios, quedarán en mi recuerdo.

Al punto de ver la atención en el rostro de Kevin consideré la necesidad de relatarle esta historia sobre una pregunta que le hicieron al abuelo:

– Abuelo, ¿cómo se pierde la vida?

– La vida se pierde de muchas formas:

Se pierde cuando quieres vivir la vida de otros y no la tuya.

Se pierde criticando los errores de otros, y no mejorando los tuyos.

Se pierde cuando te lamentas a cada momento por haber fallado y no buscando soluciones para salir adelante.

Se pierde cuando te la pasas envidiando a los demás, y no superándote a ti mismo.

Se pierde cuando te enfocas solo en las cosas negativas, y dejas de disfrutar las cosas buenas”.

- Recuerda, asimismo, que la vida no se pierde cuando dejas de respirar, sino cuando dejas de ser feliz. No porque no puedas serlo, sino porque no tienes tiempo, energía ni ganas para intentarlo.
- Las mejores memorias que una persona puede tener son aquellas que al recordarlas les traigan paz y gozo. Va a llegar un momento en el cual serás viejo y no tendrás todas las fuerzas que tienes ahora. Procura que cuando este llegue no estés lleno de remordimientos, ira o de odios sino lleno de muchas memorias y recuerdos para conmemorar y contar.
- La única manera en que podrás tener esas increíbles memorias es haciendo que estas pasen. Así que ¡crea las tuyas y has que estas sean dignas de contar!

Sin duda que estos consejos han sido sublimes y que desde ese instante los adapte a mi vida. Quiero cambiar, quiero ser otro y quiero valorarme más. Sé que a medida que vaya viviendo muchos otros vendrán. Muchos amigos míos opinan que los consejos y las reglas son para hacerles las vidas aburridas o para ponerles limitantes y lo que no saben es que si siguieran cada uno de estos consejos comenzarían a vivir la vida que siempre han soñado.

2. Mirar el mundo

Al darle una mirada al mundo, me doy cuenta que una persona puede sentir la ira y el odio como una reacción de rabia o de cólera causada por la indignación de sentir vulnerados sus derechos. Todos nos hemos indignado en alguna ocasión porque ha sucedido algo injusto en nuestro entorno: un padre de familia que ha actuado encubiertamente, un niño afrentado, una madre que ha sido maltratada, una

pérdida injusta, un atropello verbal y esa indignación ante una injusticia es digna de respeto.

El problema se plantea cuando la ira y el odio, se utilizan como sorna de nuestro miedo, de algo que hemos hecho mal. En estos casos, cuando la indignación ya no tiene el objetivo de reaccionar frente a una injusticia, se convierte en una simple manifestación de ego, que demuestra la imposibilidad de controlar y gestionar correctamente nuestras emociones.

“Levantémonos volviendo sobre nosotros mismos como el hijo menor del Evangelio, a fin de volver a Él, de quien nos habíamos apartado por el pecado”
(ciu. 11,28).

Es el instante de exhortar a Kevin a que asimile las palabras de Jorge Luis Borges, un escritor de cuentos, ensayista, poeta y traductor argentino y una figura clave tanto para la literatura en habla hispana como para la literatura universal:

“

Con el tiempo comprendes que sólo quien es capaz de amarte con tus defectos, sin pretender cambiarte, puede brindarte toda la felicidad que deseas. Con el tiempo te das cuenta de que, si estás al lado de esa persona sólo por acompañar tu soledad, irremediablemente acabarás no deseando volver a verla. Con el tiempo entiendes que los verdaderos amigos son contados, y que el que no lucha por ellos tarde o temprano se verá rodeado sólo de amistades falsas”.

Voy a contarle otra historia y espero que la ponga en práctica, le puede ayudar en estos momentos:

Había una vez un niño que tenía muy mal genio. Todos los días se peleaba con los compañeros, con sus padres y con su hermano. Un día, su padre decidió hacerle un regalo. El

niño, al ver el paquete, lo desenvolvió con gran curiosidad y quedó sorprendido al ver lo que contenía en su interior: una caja de clavos. Al ver la cara de asombro del niño, el padre le pidió: cada vez que pierdas el control, cada vez que contestes mal a alguien y discutas, clava un clavo en la puerta de tu habitación.

El primer día, el niño clavó 37 clavos en la puerta. Con el paso del tiempo, el niño fue aprendiendo a controlar su rabia, pues le era más fácil controlar su temperamento que clavar los clavos en la puerta. Finalmente llegó el día en que el niño no perdió los estribos y no tuvo que clavar más clavos. El padre orgulloso, le entregó al niño otro regalo. En esta ocasión, el paquete contenía unas tenazas. Ante el asombro del niño, el padre le sugirió que por cada día que pudiera controlar su genio, sacase un clavo de la puerta.

Los días transcurrieron y al cabo de un tiempo el niño logró quitar todos los clavos de la puerta. Conmovido por ello, el padre tomó a su hijo de la mano y lo llevó hasta la puerta, y con suma tranquilidad le dijo: Has hecho bien, pero mira los hoyos, la puerta nunca volverá a ser la misma. Cuando dices cosas con rabia, las palabras dejan una cicatriz igual que ésta. El niño comprendió la enseñanza de su padre y descubrió el poder de las palabras.

Revisión de vida:

- ¿Quién no se ha discutido alguna vez con alguien? ¿Quién no ha dicho en alguna ocasión algo de lo que después se ha arrepentido?
- Por mucho que se diga lo contrario, las palabras no se las lleva el viento. Las heridas verbales pueden seguir sangrando incluso después de mucho tiempo y pueden llegar a ser tan

dañinas como una herida física. Por ello es mejor un silencio a tiempo que una disculpa demasiado tarde.

- La ira es un ácido que puede hacer más daño al recipiente en el que se almacena que a cualquier cosa en la que se vierte. La ira y el odio son emociones que se derrotan a sí mismas.
- Hemos prejuicado en algún momento, y también hemos sido prejuicados. ¿Por qué lo hacemos? O una pregunta aún más productiva ¿Por qué no deberíamos hacerlo?
- La palabra que menos hiere es la que nunca se ha dicho.

A propósito de todo esto, quiero contarle otra historia más, imagínese que en filosofía nos enseñaron a mirar la vida de otra manera, a tomarnos la vida con filosofía. Esta narración está tomada de Garrett Thomson, en el instante me impactó muchísimo:

“Hay un lugar en Oxford donde algunos profesores toman el sol al desnudo. Por alguna razón, el lugar es llamado ‘El Placer del Sacerdote’. Allí pueden hallarse en las tardes de verano, por una entrada que va hasta el río Támesis, a algunos sabios ancianos leyendo sus periódicos. No es una cosa digna de verse, como descubrieron unas jóvenes damas una tarde infortunada. Estas doncellas, la crema y nata de la sociedad británica, tomaron con su barco la vía equivocada y pasaron lentamente frente al Placer del Sacerdote. Hubo un momento largo y muy bochornoso en el que ambos bandos se dieron cuenta de lo que estaba pasando.

De repente, los profesores gritaron: ¡Oh! Dios mío, agarraron sus periódicos y cubrieron sus partes íntimas. El único de los profesores que no lo hizo fue el de filosofía, quien cubrió su rostro. Cuando el barco siguió de largo, los profesores se volvieron hacia el filósofo y le preguntaron: “Mi estimado colega, ¿por qué no cubrió sus partes íntimas como todos nosotros?” El profesor los miró y contestó obedientemente:

“Mis queridos colegas, ustedes tienen que reconocer que en la ciudad de Oxford yo soy reconocido ¡por mi cara!”

Como enseñanza de vida de esta narración decimos lo siguiente:

- Al juzgar, criticar, al emitir palabras llenas de negatividad, en realidad los que nos inundamos de lo negativo somos nosotros mismos. ¿De verdad vale la pena llevar nuestra energía y esfuerzo hacia algo que ni siquiera podemos resolver?
- En memoria tengo esta frase que me dijo un día mi Coach -Entrenador-: “No te quejes sin más, si lo haces, aporta al menos 3 soluciones, y si no, mejor no lo hagas”. Desde aquel momento cada vez que siento la queja en mí, trato al menos de encontrar algo que aportar al asunto, si no, ¿de qué me sirve quejarme?
- “Hombre soy, y nada de lo humano deja de interesarme” (ep. 155,14).

3. De qué barro soy

Dios crea todo cuanto existe y lo consagra al descanso, lo cual también debe ser imitado por el pueblo. Varios elementos se repiten a lo largo de la creación con la intención de que quede bien impreso en la mente del creyente.

“

Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra no tenía forma; las tinieblas cubrían el abismo. Y el soplo de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: -Que exista la luz. Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena; y Dios separó la luz de las tinieblas” (Gn 1,1-4).

Después se respiraba un aire de derrota, de fracaso, de horizontes cerrados, de desconfianza respecto a todo tipo de institución; lo que era todavía más peligroso: desde el punto de vista religioso, hay un ambiente de desconfianza hacia su Dios y hasta una cierta sospecha de que Él y sólo Él era el responsable, no sólo de los males pasados, sino también de los presentes.

“

Y dijo Dios: –Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles. Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: –Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra” (Gn 1,26-28).

La pregunta, sería ¿De qué barro estoy hecho? De naturaleza sabe el hombre, que somos de barro, porque es la fuerza de Dios, la fuerza que salva, que cura, que nos pone en pie. Todos nosotros somos vulnerables, frágiles, débiles, y tenemos necesidad de ser curados. El Apóstol Pablo, dice: “somos atribulados, somos perseguidos, golpeados, como manifestación de nuestra debilidad, de la debilidad de Pablo, manifestación del barro. Y esta es nuestra vulnerabilidad. A veces buscamos cubrir la vulnerabilidad, que no se vea; o maquillarla, para que no se vea; o disimular, el mismo Apóstol, al inicio de este capítulo dice: ‘Cuando he caído en el disimulo vergonzoso. Los disimulos son vergonzosos, siempre. Son hipócritas’.

El mundo es barro nutritivo y charco maravilloso. Pero se trabaja exactamente con barro y con fantasía. Sí, pero es usual escuchar estas palabras: a veces toca aguantar los golpes que percibe la vida. ¿Quién de nosotros no ha tenido que sufrir desencantos, decepcio-

nes, tristezas e infortunios? y al mismo tiempo ¿quién de nosotros no ha ejercitado el amor, la fuerza de la oración, la gracia de Dios que actúa en nuestra vida? Sin, duda, que hemos inscrito en nuestras vidas con sello y con historia que ha habido unos utensilios significativos: las vasijas; sí, las vasijas de barro, las que han sido fabricadas por las manos humanas y que tan útiles se convirtieron en siglos pasados.

Las vasijas de barro de diferentes formas y tamaños, fueron utensilios de mucho valor en los hogares de la antigüedad. Nuestros padres primitivos se valían de grandes tinajas para almacenar el agua y el aceite; utilizaban cántaros para acarrear agua y frascos de estatuilla para guardar perfumes. Las vasijas de barro, para la bodega de almacenamiento, se llenaban de granos y otros alimentos. Las amas de casa aprovechaban cazuelas de barro para cocinar. En las comidas, usaban utensilios de barro como platos y tazones; en la noche, iluminaban las casas con lámparas de barro. Los artesanos que elaboraban estos utensilios tan necesarios eran parte significativa de la economía de los antiguos pueblos y ciudades. Era tanto, la admiración por el utensilio elaborado que un artesano, en un momento de inspiración, relató así su artesanía:

“

Mis dos manos dieron forma a esta vasija. Y el lugar en el que se forma en realidad es uno de tensión entre la presión aplicada en el exterior y la presión de la mano del interior; es un verdadero arte manejar ambas manos, mientras una presiona, la otra va moldeando con suavidad y cariño. Así ha sido mi vida. Tristeza, muerte e infortunio, amistad y todas las cosas que me han sucedido que ni siquiera elegí. Todas influyeron en mi vida. Son las manos que me han ido formando por fuera y hacen que hoy sean parte de lo que soy. Sin embargo, hay cosas que creo que tengo dentro de mí: mi fe en Dios y el cariño y respeto de

algunos amigos que actuaron en mí. Mi vida, al igual que esta vasija, es el resultado de lo que ocurrió en el exterior y de lo que sucede en el interior de mi vida. La vida, como esta vasija, se forma en lugares de tensión” (A Guide to prayer for All God’s People, Rueben P. Job y Norman Shawchuck).

Normal es que a lo extenso del día nos sintamos ajustados por las durezas y solicitudes de los otros, agobiados por las ventas y presionados por los retos que nos acosan desde el exterior. Sin fortaleza de espíritu en nuestro interior, sin esos instantes de discernimiento en la fe, la oración, la esperanza, esas dificultades nos trasladarán al desmorone, porque la tensión externa es muy fuerte. Nuestra vida interior nos proporcionará las energías que se necesitan para convertir la vida en una vasija útil, grata a los ojos del alfarero y gratas a los ojos de los que la utilizan. Así es, estamos llamados a que a través de nosotros se haga el bien, se viva en la verdad y se transmita el amor, hoy es la ocasión.

“Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día” (2Co 4,16).

Agustín de Hipona, dice:

“

Somos puestos en apuros, pero no sospechamos. Hay algo de Dios que nos da esperanza. Somos perseguidos, pero no solos; golpeados, pero no aniquilados”.

Siempre existe esta relación entre el barro y la fuerza, el barro y el tesoro. Y la vergüenza, esa que se alarga en el corazón para que, entre la fuerza de Dios, la fuerza de Dios.

En una revisión de vida sellamos que en el ser humano la vergüenza de ser de barro y no ser un vaso de plata o de oro. De ser barro. Pues,

si nosotros llegamos a este punto seremos felices. Seremos muy felices. El diálogo entre la fuerza de Dios y el barro: pensemos en el lavatorio de los pies, cuando Jesús se acerca a Pedro y Pedro le dice: 'No, a mí no Señor'. No había entendido Pedro que era de barro, que tiene necesidad de la fuerza del Señor para ser salvado.

Nuestras vidas deben estar en manos del alfarero, que es Dios, quien, les dará el molde necesario y justo en su momento preciso. ¡De la misma forma en que todo en la naturaleza ha pasado por un proceso para tomar su forma, tú y yo también en las manos de nuestro Creador! dice Agustín de Hipona. Si estás dispuesto a poner tu vida en manos de Cristo, debes saber que Él ara contigo lo mismo que hace el alfarero con el barro, es todo un proceso de echarle agua, darle forma con las manos, ponerlo en un horno caliente, cepillado, pintura y por último el horno más caliente y todo esto con el único objetivo de que el barro sea útil y duradero.

4. Buscar es preguntar

Agustín de Hipona dice:

“

Si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama” (ep. Io. 2,14).

Lo que amas eres. Revela por ti mismo. Si realmente quieres conocer como es una persona, no escuches lo que los demás dicen de ella, mejor escucha lo que esta persona dice de los demás, como se expresa de la como se expresa de la gente, como juzga y entonces sabrás quien es realmente esa persona.

Buscar es preguntar. Juzgar es entender. Al indagar y al examinar, tropezamos con sorpresas. Nos pasamos la vida juzgando a los demás y juzgándonos a nosotros mismos. Las personas que más juzga-

mos a otros es porque en realidad somos muy duros y exigentes con nosotros mismos.

Las personas en ciertos ambientes nos podemos sentir sutilmente heridas o afectadas emocionalmente a causa de acontecimientos diversos, sobre todo los relacionados con nuestros semejantes. Por ejemplo, un despido laboral, una ruptura familiar, una discusión con un compañero, un conflicto con la pareja no resuelto de manera satisfactoria, una enfermedad grave, una crisis familiar financiera, estas ocasiones extremas son vividas por las personas afectadas como una herida que, aunque pase el tiempo no logra cicatrizar y por consiguiente no logra vencer ese estado emocional negativo en el que se encuentra envuelta.

No puedo negar que en mi expresión hay resentimientos, ira y odios. Sí. ¿Qué será lo que pasa? Me falta llegar al perdón. Sé que me he aislado de Dios y me adherí de inmediato a los problemas. Sin duda, necesito llegar al perdón. El perdón es un regalo silencioso que dejas en el umbral de la puerta de aquellos que te han hecho daño, expresa Kevin. El perdonar no significa, olvidar, renunciar, dejar impune o inhibir responsabilidades. Perdonar significa liberarnos de sentimientos como el odio, la indignación, el resentimiento, para que nos permita desatarnos de la unión que los mismos ejercen con esa persona y acontecimiento.

La ausencia de alguien la llena Dios, pero la ausencia de Dios no la llena nadie.

“

Dios es tu todo: si tienes hambre, es tu pan; y si tienes sed, es tu agua; y si estás en la oscuridad, es tu luz, que permanece siempre incorruptible; y si estás desnudo, será tu vestido de inmortalidad, cuando todo lo que es corruptible se vista de incorruptibilidad y

lo que es mortal se vista de inmortalidad” (Io. eu. tr. 13,5).

El Perdonar no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar. Es renunciar y emprender el camino. “Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas” (conf. 10,29). Al ser de barro nos equivocamos, aprende a perdonar. El ejemplo de la Mujer adúltera con Jesús. El que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra. ¡Qué distintos son los pensamientos de Dios y los de nosotros, los hombres! Mujer, ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor. Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más (Jn 8,10-11).

– El Evangelio, con una cierta ironía, dice que los acusadores se fueron, uno a uno, comenzando por los más ancianos.

– Y, Jesús, se queda solo con la mujer, como un confesor, diciéndole: Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? ¿Dónde están? Estamos solos, tú y yo. Tú ante Dios, sin las acusaciones, sin las habladurías. ¡Tú y Dios! ¿Nadie te ha condenado?

– La mujer responde: ¡Nadie, Señor!, –pero ella no dice: ¡Ha sido una falsa acusación! ¡Yo no he cometido adulterio! Reconoce su pecado–

– Y Jesús afirma: ¡Yo tampoco te condeno! Ve, ve y de ahora en adelante no peques más, para no pasar por un momento tan feo como este; para no pasar tanta vergüenza; para no ofender a Dios, para no ensuciar la hermosa relación entre Dios y su pueblo.

¡Jesús perdona! Pero aquí se trata de algo más que del perdón: Jesús supera la ley y va más allá. No le dice: ¡El adulterio no es pecado! Pero no la condena con la ley. Y este es el misterio de la misericordia de Jesús.

Todos somos conscientes de nuestra debilidad y de la facilidad con la que caemos en el pecado sin la gracia de Dios. Cristo nos hace ver que sólo Él puede juzgar los corazones de los hombres. Por ello, los que querían apedrear a la adúltera se van retirando, uno a uno, con la certeza de que todos mereceríamos el mismo castigo si Dios fuera únicamente

justicia. La respuesta que da a los fariseos nos enseña que Dios aborrece el pecado, pero ama hasta el extremo al pecador. Así es como Dios se revela infinitamente justo y misericordioso.

“El hombre nuevo nace del viejo, porque la regeneración espiritual se inicia con el cambio de la vida terrestre y mundana”
(conf. 8,10).

5. Descubre por ti mismo

Queda claro que hay cosas que están ciertamente mal en nosotros y no debemos admitirlas sin más. Pero el hecho de juzgar a los demás asiduamente nos convierte en personas más negativas, hace que nos sintamos mal por dentro e irradiemos esa energía negativa, atrayendo a nuestras vidas aún más negatividad. Hay conflictos que de no ser remediados y cicatrizados suelen provocar heridas emocionales abiertas. Estas heridas sin cicatrizar a veces adoptan la forma de resentimiento, indignación crónica, ira y odio, una emoción fuerte que nos atenaza y bloquea poniendo en serio riesgo nuestra salud y bienestar.

¡Uy, si Padre! A veces el resentimiento, la ira y el odio nos vencen. El odio simplemente es, una emoción muy fuerte. Suele ser una emoción intensa con fuertes sentimientos de hostilidad. Si estamos hablando de odiar a alguien, esto significará que tienes un fuerte sentimiento negativo sobre ellos, no quieres conocerlos, no puedes pensar en nada bueno sobre ellos. Si te han lastimado de alguna manera, no quieres perdonar u olvidar lo que han hecho. El Odio, cuando le damos un lugar en nuestros corazones, nos devorará y nos destruirá.

Por lo tanto, debemos asegurarnos de que el odio nunca se apodere de nosotros. Un minuto para disfrutar.

Hay que “descubrir por ti mismo” (s. 23,1). que la cara es el espejo del alma. Los diferentes aspectos de nuestro rostro manifiestan por lo general nuestro estado de ánimo: Alegría, tristeza, sorpresa, ansiedad, ira, odio, resentimiento, apacibilidad, compasión y amor. Ciertamente es que la expresión de nuestra cara, a menos que finjamos, influye poderosamente en nuestra relación con otros. En el éxito de la comunicación pocas cosas influyen más que la expresión del rostro. ¿Puede aplicarse esa observación a nuestra relación con Dios? Dicho de otro modo.

En palabras de Borges:

“

Con el tiempo aprendes que las palabras dichas en un momento de ira pueden seguir lastimando a quien heriste, durante toda la vida. Con el tiempo aprendes que disculpar cualquiera lo hace, pero perdonar es sólo de almas grandes. Con el tiempo comprendes que, si has herido a un amigo duramente, muy probablemente la amistad jamás volverá a ser igual. ¡Con el tiempo te das cuenta que, aunque seas feliz con tus amigos, algún día llorarás por aquellos! que dejaste ir. Con el tiempo te das cuenta de que cada experiencia vivida con cada persona es irrepetible.

Con el tiempo aprendes que la vida es un regalo maravilloso que solo precisamos darnos cuenta, y que cada día es una fiesta de creación y crecimiento a condición de que estemos despiertos, que el amor nos hace sensibles y la coherencia poderosos, que la felicidad nos vacuna contra muchas enfermedades y que

reduciendo las necesidades ampliamos nuestra libertad. Con el tiempo aprendes a cambiar. Te das cuenta de que el que humilla o desprecia a un ser humano, tarde o temprano sufrirá las mismas humillaciones o desprecios multiplicados al cuadrado. Con el tiempo aprendes a construir todos tus caminos en el hoy, porque el terreno del mañana es demasiado incierto para hacer planes”.

Estos párrafos tan reales del escritor argentino y poeta, es el ejemplo característico que el tiempo se vuelve como nuestra conciencia de esta realidad en hechos.

a. ¡No Juzgues!

Constantemente en la Biblia, leemos: “No juzguen, para no ser juzgados. Porque con el criterio con que ustedes juzguen se los juzgará, y la medida con que midan se usará para ustedes” (Mt 7,1-2).

Agustín de Hipona, dice:

“ *Si el hombre desea tener lo que Dios le manda, ha de rogar a Dios que le dé lo que Él manda” (ciu. 118,4,2).*

De otra manera, hay que evadir el juicio manifiesto sobre las demás personas. Pues, muchas veces, la falta de consecuencia nos impide ver nuestras propias debilidades. A lo que nos invita es a crecer en la humildad, para que nuestra medida sea justa con todos. Esto implica comprensión, tolerancia y valorar a los demás como hijos de Dios. ¿Ocupo la misma medida para los demás del mismo modo que la utilizo para mí?

¡Cuántas veces, el Señor, ¡nos muestra a lo largo de los Evangelios su descontento con los hipócritas! ¡Cuántas veces nos exhorta a no ser

como ellos! El Señor sabe muy bien cuánto daño hace la hipocresía en nuestro trabajo con los demás, y cuántas almas permanecen cerradas al amor de Dios porque no ven en nuestro testimonio de cristianos una coherencia entre lo que decimos y predicamos y lo que en realidad ponemos en práctica. “Haced y cumplid lo que os digan, pero no hagáis lo que hacen”.

¡Qué actual es esta recomendación que nos da el Señor! ¡Cuánto nos cuesta a los soberbios aceptar estas palabras! ¿Por qué desoímos tantas veces lo que el Señor nos pide a través de su Palabra? ¿No será para justificarnos en la incoherencia de los demás? “No juzguéis y no seréis juzgados” dice el Señor. Mejor sería que pusiéramos en práctica todo lo que el Él nos va pidiendo sin esperar nada de los demás, sin olvidar que el instrumento es pequeño.

Al abordar qué significa prejuzgar, definimos que prejuzgar implica, como su palabra lo precisa, emitir un juicio apresurado, es decir, elaborar una opinión de algo o alguien, sin tener suficientes elementos previos que argumenten dicho concepto.

Que realidad y hecho tan evidente. La vida es un espejo. Todo lo que tenemos que sanar dentro de nosotros, lo vemos proyectado en el exterior a través de situaciones, personas, retos, dificultades e incluso enfermedades, por duro que nos parezca. Hemos prejuzgado en algún momento, y también todos hemos sido prejuzgados. ¿Por qué lo hacemos? O una pregunta aún más productiva ¿Por qué no deberíamos hacerlo? Cierto es que “el dar es mérito para recibir” (ep. 266).

Lo expresa Agustín:

“

No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre

las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende. Pues, ¿adónde arriba todo buen pensador sino a la verdad? La cual no se descubre a sí misma durante el discurso, sino es más bien la meta de toda dialéctica racional. Mírala como la armonía superior posible y vive en conformidad con ella” (vera rel. 39,72).

El “no salgas fuera de ti”, significa no renunciar a ser uno mismo a pesar de las distracciones exteriores.

En Agustín la interioridad es la capacidad de reconocer y juzgar desde uno mismo los sentimientos interiores y las situaciones exteriores que uno está viviendo en el instante. Ella asimismo percibida no desconecta al individuo de las situaciones en las que se encuentra inmerso, sino que profundiza la perfección de estas situaciones: se vuelve capaz de comprender cómo afecta cada situación a su vida y a la vida de los demás y del mundo. Buscar tiempo para estar y hablar consigo mismo, no olvidar que somos la tarea y el proyecto más importante.

¡No Juzgues! Cada uno tiene una historia. Esta invitación de Jesús es para que veamos el rostro del otro con ojos limpios. El aceptarlos tal cual son, con sus discrepancias legítimas. Es más, nos estimula a mirarlos con los ojos que Él los mira: ojos misericordiosos, ojos amorosos y ojos de lealtad. ¡No Juzgues! Sin conocer. Sí. Cada uno tiene una leyenda, hasta una buena película en su vida. Qué sentimental zumbiar que, antes de prejuzgar al otro comprometerse mirar su rostro. Somos envueltos de nuestras fallas, y son estos los que ajustamos amonestar. Al otro lo socorreremos con nuestra piedad, no con nuestros juicios duros.

Es seguro que conoces alguna persona cercana que nunca deja de presumir de lo que posee o que habla siempre de sí misma. Dicen que nadie está más vacío que aquel que solamente está lleno de sí

mismo, de esto trata la siguiente historia de la Carreta vacía, que le voy a narrar:

Salomé caminaba con su padre cuando éste, de repente, se detuvo en una curva del camino. Después de un breve silencio le preguntó: Además del cantar de los pájaros, ¿qué oyes Salomé? La niña paró, aguzando sus oídos. Después de unos segundos respondió: Papá, estoy oyendo el ruido de una carreta que se acerca. –Muy bien– respondió su padre. Tienes razón, se está acercando una carreta vacía. Salomé, asombrada, preguntó a su padre: ¿Cómo sabes que es una carreta vacía si aún no la has visto? Entonces el padre respondió: Es muy fácil saber cuándo una carreta está vacía, por el ruido que hace. Cuanto más vacía está la carreta, mayor ruido hace. Salomé se convirtió en adulta y, siempre que veía una persona interrumpiendo una conversación y hablando demasiado de sí misma, de forma inoportuna o violenta, o presumiendo de lo que poseía, tenía la impresión de oír la voz de su padre diciendo: Cuanto más vacía está la carreta, mayor es el ruido que hace”.

Revisión de vida:

- La historia de la Carreta vacía personifica que a veces marchamos parte de nuestra vida enjuiciando a los demás y juzgándonos a nosotros mismos. En instantes que más pre-juzgamos a otros es porque en realidad somos muy duros y severos con nosotros mismos.
- Es una historia encantadora e instructiva. Lo que en ella se proyecta es válido para las personas, las instituciones y para las familias.
- En diversas circunstancias de la vida se produce una permanente lucha entre el bien y el mal: A veces pre-juzgamos sin

conocer. Ayudar a los demás sin prejuizarlos, si nos mostramos tolerantes, compasivos y solidarios, si nos comprometemos con la causa de la igualdad, si, en definitiva, hacemos el bien, ganará esa lucha y seremos misericordiosos.

- La verdad puede sorprenderte. Somos parte de una historia. No prejuzgues antes de que realmente conozcas la persona.
- No Juzgues, “no sabes la tormenta que esa persona ha tenido que atravesar en su momento de prueba” (Rm 2,1).

Pasamos parte del tiempo juzgando, calificando o criticando a nuestros semejantes. Jesús el Maestro estimula a estar reconciliado con el Otro. A perdonarlo de corazón. El perdón es restaurador. El mejor legado lo recibimos de Él: “Padre, perdónalos no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Entonces ¿Por qué se juzga tanto? Será que el prejuicio nos hace la vida más fácil. Es mucho más simple ver a una persona en determinado grupo y establecer que dicha persona tiene determinadas características única y exclusivamente por pertenecer a ese grupo, que tomarnos el tiempo de conocer, reflexionar, y analizar consciente y abiertamente lo que realmente pensamos sobre esa persona. Evidentemente, que sea más fácil no significa que sea mejor. Así no es y se está cometiendo un error.

En última instancia, cuando ves a la persona que te grita o te trata mal y te consideras una víctima, en realidad te sientes así porque estás jugando un papel, estás alimentando al verdugo haciéndote la víctima, y mientras permitas que esto suceda, el ‘tóxico’ está jugando su otro papel: te enseña (sin ser consciente de ello, claro) lo que no quieres que te pase, te enseña a ser más valiente, más libre, a alejarte de personas y situaciones que nada te aportan, que te humillan o te maltratan.

b. Atrévete, a conocer

Si te preocupas demasiado por descubrir lo que hay de bueno o de malo en tu hermano, te olvidarás de tu propia alma, te agotarás y serás derrotado por la energía que has gastado en juzgar a los demás. “No basta conocer: Es preciso saber” (conf.3,6). Atrévete, a conocer, el juzgar es un carácter frívolo, es una manera sencilla de sentirse superior. En el instante en que se juzga a una persona, aunque únicamente lo piense para sí mismo, lo que sucede es que se evade temporal de lo desgraciado que se siente en general o en determinadas ocasiones, percibiéndose a sí mismo inferior a los demás. La rabia que le genera ver lo bien que se sienten otras personas (o la propia idealización sobre la vida de los demás) no es otra rabia que la de su propia vida por sentirse afligidos con ella. Por ese mismo motivo, descargan esa rabia mal gestionada sobre los demás, de esta manera, creen sentirse mejor.

Quizás en algún momento todos hemos cometido el error de juzgar a alguien. Sin darte cuenta, estás suponiendo que puede estar pasando en la vida de esa persona. Estás cayendo en la trampa de completar la información que desconoces con una historia inventada por ti. Te estás equivocando y no eres consciente de ello. El tamaño del ego de una persona se puede medir en la forma que maneja los errores que cometen los demás. Es muy común caer en los estereotipos y en esos heurísticos construidos antes de tiempo. Antes de ahondar un poco más en lo que tenemos delante para hacer el esfuerzo de ponernos en piel ajena. Queda claro que no todo el mundo actúa de este modo.

Las mejores cosas, las mejores personas, en ocasiones, van disfrazadas con corazas tan corrientes que nos despistan. Solo quienes se acerquen sin juzgar y con el corazón abierto serán dignos de conocer aspectos realmente apasionantes de lo que nos envuelven. Es difícil escapar de la sencillez con la que podemos juzgar a los demás. La variedad de personas que podemos encontrarnos es tan grande como

el daño que podemos causar hablando de ellas sin conocerlas previamente. Incluso cuando las conocemos y no las escuchamos.

Si en estos momentos te sientes juzgado por alguien, piensa que no hay un motivo por el que esa persona deba hacerte daño. No dejes que te afecte lo que dice de ti alguien que no está tratando de entenderte: todos no vivimos las experiencias de la misma manera ni las sentimos igual. Esa persona que ahora te juzga probablemente esté diciendo más de ella misma que de ti por lo que tienes que mantenerte fuerte y solo dejarte aconsejar, nunca juzgar.

Atrévete, a conocer. Y si aun así te sigues sintiendo mal por ello, recuerda que cuando alguien juzgue tu camino, siempre puedes prestarle tus zapatos.

Podríamos decir que ciertas personas no juzgan situaciones de forma puntual y aislada, sino que han asumido el papel de juez para los pequeños eventos de la existencia de los demás sin que nadie se lo haya pedido. Sí. Todo esto es un error porque ni tan siquiera un juez debe serlo más allá del estrado asignado para desempeñar su función. ¿Por qué la sociedad está llena de falsos jueces? ¿Por qué asumen sus juicios de valor como válidos para ellos y para los demás? ¿Cómo han llegado hasta ese punto?

Para mejorar la relación consigo mismo y con los demás es imprescindible dejar de enjuiciar y criticarse a sí mismo, y con ello la crítica hacia los demás cederá. La próxima ocasión que sientas el impulso de juzgar o evaluar a alguien, piénsalo bien, y mejor mira hacia dentro. Por ejemplo, cuando te dices: Pero ¿qué le pasa a esta persona? ¿Por qué hizo esto? O ¿Por qué no hizo esto?, estás juzgando. Entonces, puedes cambiar tu diálogo interno y decirte: ¿Acaso yo actuaría mejor que ella en su circunstancia? ¿Yo soy tan maravilloso y él no lo es?

Las personas hacemos lo mejor que podemos en nuestras situaciones, con los recursos y capacidades que contamos en ese momento. ¿Por qué entonces juzgarnos a nosotros mismos o juzgar a los de-

más? Cuando logres aceptarte a ti mismo, lograrás aceptar a los demás y tu ser crítico disminuirá. Hay un dicho muy cierto: “Si no tienes algo positivo qué decir mejor no abras la boca”. Si los seres humanos tratáramos de ver lo positivo y no solamente lo negativo, tendríamos una visión más optimista y entusiasta de la vida que repercutiría en una sociedad más sana. ¿Podrías intentarlo?

Queda claro que es bueno y necesario el atrevete, a conocer los hechos antes de juzgarlos. Aunque sea difícil explicarlos hay que apelar al método de las metáforas, es decir, a las figuras retóricas más significativas. Entendemos por metáfora el desplazamiento de significado entre dos términos con una finalidad estética: A es B. Su estudio se remonta a la Poética y la Retórica de Aristóteles. Todo esto con la finalidad de que pueda juzgar los escenarios que se presentan en diversos momentos: Te respeto cómo eres y no te juzgo.

Veamos la metáfora:

No estás bien, pero a veces te toca decir que sí lo estás

“Al respecto, te cuento que en una ocasión hubo un terrible accidente. Después de un tiempo, el conductor pidió a la compañía de seguros que le cubriera los gastos de salud. La compañía no quiso y todo terminó en un juicio. Ante un juez se encuentran el abogado de la compañía de seguros listo a defenderla y el hombre del accidente.

El abogado de la compañía le dijo al accidentado: El día del accidente usted dijo que se sentía bien. Y ahora después de semanas, quiere ponerle problemas a la compañía aparentando estar mal. Eso parece ni más ni menos que un engaño. Pero responda, usted dijo después del accidente que se sentía bien, ¿sí o no? El hombre volvió su mirada al juez y le dijo: Pues, señor juez, sucede que ese día yo tomé mi caballo. Un momento, dijo el abogado de la compañía, usted quiere salirse con historias que no vienen a cuento. Responda: Ese

día usted dijo que se sentía bien, ¿sí o no? Solo quiero su respuesta: ¿sí o no? Señor juez, vea usted, ese día yo tomé mi caballo.

Nuevamente el abogado de la compañía protestó porque el accidentado estaba llevando el juicio por las ramas y exigió que respondiera a la pregunta si después del accidente había dicho que se sentía bien: Quiero solo su respuesta clara: ¿sí o no? El hombre accidentado respondió: Señor juez, vea usted, ese día yo saqué mi caballo. El abogado volvió a protestar, pero el juez sintió curiosidad de saber qué pasaba con el caballo y le dijo al hombre que continuara hablando.

Pues, vea usted, señor juez: Yo tomé mi caballo y lo subí al remolque que arrastraba con mi carro y nos fuimos. Debía llevarlo a pastar al otro lado del pueblo. Y entonces, vino el terrible accidente. Cuando nos estrellaron, el caballo quedó destrozado y sus dolores eran terribles como lo denunciaban unos gemidos aterradores que lanzaba. Llegó la policía y uno de los policías ante el dolor del animal que se sentía tan mal, tomó el arma y le disparó en la frente. Luego, aún con el arma humeante en la mano, se acercó a mí y me dijo: ¿Y usted cómo se siente? Y yo le dije inmediatamente: ‘Yo me siento bien’.

Revisión de vida:

- Sé que hay momentos en que nos sentimos mal y sin embargo nos toca decir que estamos bien. No solo para evitar que nos lancen, no balas si no preguntas y más preguntas que aspiran remover dentro de nosotros, sino para no inquietarlos con nuestro disgusto o para no escandalizarlos con nuestro pecado.
- Esta es la realidad del Hombre bueno que muchas veces debe callar, no puede manifestar sus crisis o debilidades porque no

todos entenderían. Pero sí a veces ante los fieles hay que decir: ‘Yo estoy bien’, no así ante Jesús.

- Somos a veces dados a mirar lo que pasa afuera y como hay cosas mal innovadas, no falta ocasión de convertirnos en persona más hábil que los demás para sacar provecho de algo y, a menudo, a costa de ellos, queriendo enmendar la cara a los otros.
- Con frecuencia lo que nos molesta de los otros son nuestras propias deficiencias que vistas en los demás despiertan nuestras conciencias; es que los otros hacen de espejo y así sus limitaciones ponen al descubierto nuestros propios límites. Por eso será mejor tratar de curar nuestras heridas –sacar la viga de nuestro ojo, para poder ayudar a los demás– quitando la mota de sus ojos.
- No nos dejemos llevar por celos indiscretos queriendo hacer buena a la gente; más bien miremos a nuestro interior y seamos consecuentes con nuestras obras no sea que tengamos que oír el reproche que Jesús les dirigió a ellos: ¡Hipócritas!

Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. “La ley de la caridad es ley de la libertad”. (ep. 147,10).

Agustín de Hipona, dice:

“

Misericordia, es el hecho de que Cristo haya venido a nosotros. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona” (s. 144,3).

6. La verdad es lo que es

Es vulnerable, según el Diccionario de la Real Academia, quien puede ser herido o recibir lesión, física o moralmente. Ser vulnerable impli-

ca fragilidad, una situación de amenaza o posibilidad de sufrir daño. Por tanto, implica ser susceptible de recibir o padecer algo malo o doloroso, como una enfermedad, y también tener la posibilidad de ser herido física o emocionalmente. Siendo la vulnerabilidad como el poder ser persuadido o tentado, poder ser receptor, ser traspasable, no ser invencible, no tener absoluto control de la situación, no estar en una posición de poder, o al menos tener la posibilidad de que dicho poder se vea debilitado.

Agustín de Hipona, dice:

“

Verdad es lo que es, todo cuanto realmente está siendo tiene su verdad” (sol. 2,5,8).

En la vida hay instantes que descubriremos gente que te quiere culpar de sus fracasos y cada quien tiene lo que se merece. Hay que ser fuertes y levantarse de los tropiezos que nos pone la vida para avisarnos que después de un túnel oscuro y lleno de soledad vienen cosas muy buenas “no hay mal que por bien no venga”. Por eso disfruta la vida porque es muy corta, por eso ámala, sé feliz y siempre sonríe, sólo vive intensamente para ti y por ti, recuerda, los sabios consejos de Shakespeare: “Siempre me siento feliz, ¿sabes por qué? Porque no espero nada de nadie; esperar siempre duele. Los problemas no son eternos, siempre tienen solución, lo único que no se resuelve es la muerte”.

Han dicho que la verdad es lo que es, somos vulnerables. No permitas que nadie te insulte, te humille o te baje la autoestima. Los gritos son el arma de los cobardes, de los que no tienen razón. Siempre encontraremos gente que te quiere culpar de sus fracasos, y cada quien tiene lo que se merece. Shakespeare, dice:

“

Antes de discutir, respira.

Antes de hablar, escucha.

Antes de criticar, examínate.

Antes de escribir, piensa.

Antes de herir, siente.

Antes de rendirte, intenta”.

La enfermedad que nos limita y trunca, el dolor que nos inclina, la ausencia y el vacío, en sus muchas facetas, el sentimiento de impotencia, son manifestaciones de nuestra vulnerabilidad. El ser humano es, por tanto, vulnerable y frágil por su misma condición corporal y mortal, pero también por su capacidad de sentir y pensar, de ser con otros y de desarrollar una conciencia moral. La vulnerabilidad no sólo hace referencia a la dimensión biológica sino también a la historia del individuo en relación con otros, al daño derivado de la relación con otros, lo que hemos llamado vulnerabilidad social.

Sí. somos débiles, pecadores y sin el poder de Dios no podemos ir adelante. Somos de barro, porque es la fuerza de Dios, la fuerza que salva, que cura, que nos pone en pie. Todos nosotros somos vulnerables, frágiles, débiles, y tenemos necesidad de ser curados. El Apóstol Pablo lo pronuncia: “somos atribulados, somos perseguidos, golpeados”, como manifestación de nuestra debilidad, de la debilidad de Pablo, manifestación del barro. Y, esta es nuestra vulnerabilidad.

A veces buscamos cubrir la vulnerabilidad, que no se vea; o maquillarla, para que no se vea; o disimular, el mismo Pablo, al inicio de este capítulo dice: “Cuando he caído en el disimulo vergonzoso”. También advirtió del peligro de creer “ser otra cosa” y pensar que “no tenemos

necesidad de sanar y de ser ayudados”. Y decimos: ‘no estoy hecho de barro” porque tengo “un tesoro que es mío”.

Hay un tesoro en nosotros en vasos de barro. Pero la tentación es siempre la misma: cubrir, disimular, no creer que somos de barro. Esa es la hipocresía frente a nosotros mismos. En el encuentro con Dios cuando expresamos los pecados como si fuese una lista de precios en el mercado pensando en blanquear un poco el barro en lugar de aceptar la debilidad y avergonzarnos.

Hay que ser fuertes en la vulnerabilidad o fragilidad y tener estas sanas virtudes:

- La fortaleza de un águila.
- La gracia de un cisne.
- La serenidad de una paloma.
- El ojo agudo de un halcón.
- Las horas de la noche de una lechuza.
- El sentido de amistad de un gorrión.
- La agilidad práctica de un pájaro carpintero.
- La belleza de un ganso.
- La atracción de un pavo.

En instantes ser como “El colibrí tan pequeñito, de alas diminutas, sube hasta las nubes. El Pavo real, con toda su pompa, no sube casi nada. A veces un niño o una viejecita sube a las alturas de la perfección y nosotros con todo lo que tenemos y hacemos nos quedamos en la tierra envueltos en el barro del pecado y en el polvo de la rutina”. Este es el camino hacia la vanidad, la soberbia, la autorreferencialidad de aquellos que no sintiéndose barro buscan la salvación, la plenitud de sí mismos. Pero la fuerza de Dios es aquella que nos salva porque nuestra vulnerabilidad el Apóstol Pablo la reconoce: ‘Somos

atribulados, pero no aplastados'. No aplastados porque la fuerza de Dios nos salva. Somos puestos en apuros, pero no desesperamos. Hay algo de Dios que nos da esperanza. Somos perseguidos, pero no abandonados; golpeados, pero no aniquilados. Siempre existe esta relación entre el barro y la fuerza, el barro y el tesoro.

Vivimos en una época en la que se es más bien temeroso con respecto a la verdad. Se habla muchas veces de relativismo, es decir, la tendencia a creer que no hay nada definitivo, y a pensar que la verdad está dada por el consenso general o por lo que nosotros queremos. Surge la pregunta: ¿existe realmente la verdad? ¿Qué es la verdad? ¿Podemos conocerla? ¿Podemos encontrarla? Aquí me viene a la memoria la pregunta del procurador romano Poncio Pilato cuando Jesús le revela el sentido profundo de su misión: ¿Qué es la verdad? Pilato no llega a entender que la Verdad está frente a él, no es capaz de ver en Jesús el rostro de la verdad, que es el rostro de Dios. Y, sin embargo, Jesús es esto: La Verdad, la cual, en la plenitud de los tiempos, se hizo carne, que vino entre nosotros para que la conociéramos. La verdad no se aferra como una cosa, la verdad se encuentra. No es una posesión, es un encuentro con una Persona.

a. Sé feliz con lo que tienes

Creemos que vivir es disfrutar con intensidad, no tener preocupaciones. Sin embargo, vivir es estar abiertos a la esperanza, entregarnos y desgastarnos en el servicio a la humanidad, compartirnos y compartir nuestros bienes con los demás, es vivir sembrando el amor por doquier y ser humildes. Vivir es respetar la vida, la nuestra y la de los demás, es trabajar por la dignidad de todos.

El ser feliz es un profundo estado interior de paz y serenidad, es sentirse en armonía y en sintonía con todo nuestro alrededor. Sin embargo, no es fácil alcanzarlo, necesita de una actitud positiva. El ruido mental que nos generamos, la educación recibida y los golpes que en ocasiones nos da la vida influyen en la forma de valorarnos. Y, si

esta es negativa no conseguiremos ser felices. “Si amas de verdad no temas. Todo lo que hagas estará bien hecho” (ep. Io. 10).

Siendo lo más valioso en la vida no es lo que tenemos, sino a quién tenemos. “Dios proporciona forma a nuestras vidas con amor” (conf. 13,4,5). Llegará un momento en la vida en que las cosas materiales dejan de tener valor y en el que nos damos cuenta de que lo más valioso son aquellas personas que nos acompañan. “No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5).

Es de escuchar que con el tiempo aprendes a valorar la satisfacción que produce querer, tener un hombro en el que llorar y unos brazos con los que ofrecer calidez. Querer y valorar a lo que nos rodean es la base del crecimiento. “El amor cambia la vida” (s. 313A,2-3) y sólo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo.

Las personas que efectivamente nos interesan; ese es nuestro verdadero hogar. Lo más valioso de nuestra vida no se mide en propiedades materiales, sino emocionales. Puede que se nos olvide, o que en determinados momentos no le demos demasiado valor a este hecho, pero, al final, todo termina siendo más sencillo cuando alguien nos acompaña.

“La ley de la libertad es la ley del amor” (Ep. 167,19). La libertad no es hacer lo que uno quiere, sino querer lo que uno hace. Cuando no procedemos con inteligencia, nos comportamos como personas débiles y con baja autoestima. Y, por culpa de ello, nuestras inseguridades saldrían a la luz, haciendo que nuestra vida sea peor de lo que pudiera ser. Hay que adquirir el poder y la libertad de controlar las emociones y modelar la actitud para cambiar la situación. “La verdadera libertad está en la alegría del bien obrar” (en. Ps. 30, 9). Hay instantes que toca nadar en contra de la corriente, porque finalmente lo que importa es su deseo de ser mejor cada día. De lograr tu propósito de vida. Lo que interesa es el querer cumplir con cada meta prometida y deseada. ¡Lo que interesa es que tus sueños se hagan realidad! “La verdadera libertad no consiste en hacer lo que me da la gana, sino en

hacer lo que tenemos que hacer porque nos da la gana” (s. 344,4). “En la vida se aprende, se crece, se descubre; se escribe, borra y reescribe; se hila, se deshila y se vuelve a hilar”, lo expresa Ana C Blum.

Se lo he reconocido a los antiguos:

“ *Cuando Dios quiere que crezcas, te pone en una situación incómoda, pero te da la fuerza para sobrellevarla y aprender de ella. Las cosas más grandes de la vida, no se ven, ni se tocan. Esas se sienten en el corazón. Sé feliz con lo que tienes”.*

El problema está cuando perdemos el control sobre nosotros mismos y concedemos el poder de sentirnos bien a los demás y a las situaciones. De esta forma abrimos la puerta a la inseguridad y, en definitiva, al malestar y al sufrimiento. Dejar de creer en nosotros, olvidar cuánto valemos y, sobre todo, no priorizarnos es una peligrosa trampa. Es decir, que somos nosotros quienes vamos a grabar el signo positivo o negativo de nuestra convivencia y de nuestra historia.

¿Somos libres de verdad? ¿Y queremos serlo? La cuestión de la libertad ha interesado a la ética desde sus comienzos, incluido el grado de esta que poseemos. ¿Vivimos conforme a un plan maestro o somos nosotros los que determinamos nuestra vida? ¿Tenemos elección o solo una ilusión de elección? Cuestiones para las que la filosofía ha buscado respuestas una y otra vez y que, aún hoy, nos generan dudas.

¿Somos libres de verdad? ¿Logramos ser responsables? La libertad es uno de los temas que más ha interesado a la humanidad a lo largo de su historia. Ha mediado en nuestra forma de gobernarnos, en nuestra organización social, en nuestro desarrollo cultural y en un sinnúmero de aspectos más. Más que ninguna otra faceta de nuestro comportamiento, la historia de la humanidad es la búsqueda, de una u otra manera –en ocasiones tergiversadas– de alcanzar la libertad.

Es en esa responsabilidad personal y colectiva donde asiento el quicio de nuestros exitosos o ruinosos presente y futuro. No tenemos garantizada la felicidad, ni la bondad, ni la justicia, ni la libertad y ni la paz. Y tampoco está garantizado el desastre. Lo que tenemos es aquello que depende de nosotros mismos, de nuestro empeño, de nuestro esfuerzo, de nuestra voluntad de superación.

En la obra de Antoine de Saint-Exupéry, el zorro le dice al principito “sólo con el corazón se ve correctamente; lo esencial es invisible a los ojos”. Y quizás porque la libertad sea un bien esencial entre nosotros, la enseñanza de aquel zorro sabio sea de gran valor para considerar el grado de libertad que nos adjudicamos en estos tiempos. ¿Somos en realidad libres, somos responsables o existen cadenas que consciente o inconscientemente nos atan e igualmente nos proclamamos libres?

Muchas veces lo que vemos no es la realidad. Puede ser una parte de la realidad, un reflejo, o bien sólo una sombra. Pero no la realidad (aclaramos que hablamos de realidad en términos de la dimensión de la forma, que en verdad siempre es una ilusión). Y es que muchas veces no estamos atentos, y un gran número condicionamientos y hábitos que hemos venidos internalizando durante largo tiempo nos dificultan estar atentos y alertas y ver con claridad.

Esta historia atractiva y pedagógica ayudará a decidir en la vida lo que uno puede precisar, muchas veces lo que vemos no es la realidad:

“Un viejo indio estaba hablando con su nieto al calor y a la luz de la hoguera. El chico preguntó: –Abuelo, abuelo, ¿qué es lo que sucede dentro de mí? Unas veces deseo ser bueno y otras no. –Hijo, le dijo el abuelo, dentro de ti luchan dos lobos vigorosos. Uno de ellos siempre está malhumorado. Es malo, violento, vengativo y cruel. El otro siempre está de buen humor y está lleno de bondad, de compasión y de amor. – Abuelo, ¿cuál de ellos ganará?, preguntó el nieto.

El abuelo se quedó pensativo unos segundos y contestó: –El que tú alimentes”.

Esta historia didáctica es válida para las personas, para las instituciones y para las familias. En las personas y en los grupos se produce una permanente lucha entre el bien y el mal. Ganará esa lucha aquella fuerza que sea cultivada a través de actitudes y de acciones de un determinado ejemplo. Si ayudamos a los demás, si nos mostramos tolerantes, compasivos y solidarios, si nos comprometemos con la causa de la igualdad, si, en definitiva, hacemos el bien, ganará esa pelea el lobo humanitario.

b. De pie sobre la tierra

La vida pasa rápidamente, nuestro corazón se levanta a Dios, se hace su altar y justo enfrente de nosotros. Debemos estar de pie, habiendo ceñido nuestra cintura con la verdad; solo un poco de pereza en esta área causa que la armadura esté incompleta y nos impida luchar. Agustín de Hipona, dice:

“ *Dios no dice: Tienes que ser menos de lo que eres, sino conoce lo que eres. Conócete débil, conócete hombre, conócete pecador, conoce que Él es quien justifica, conócete manchado. Saca fuera en tu confesión la mancha de tu corazón y pertenecerás a la grey de Cristo” (s. 17,4).*

Hay un proverbio español que dice: “Si el incendio quema tu casa, caliéntate con ese fuego”. “Mientras haya afán de luchar, hay esperanza de triunfar” (s. 154).

A propósito de esta situación tediosa donde hay que empezar de nuevo, dejar detrás muchas cosas, nada de miedo:

Cuenta una historia que el laboratorio de Thomas Edison, fue virtualmente destruido por un incendio en diciembre de 1941. Aunque el daño excedió a dos millones de dólares, los edificios estaban asegurados por 238.000 porque eran catalogados como edificación a prueba de fuego. Mucho del trabajo de toda una vida de Edison fue consumido por las espectaculares llamas esa noche de diciembre. En medio del fragor del incendio, el Hijo de Edison de 24 años buscó frenéticamente a su padre en medio del humo y finalmente lo encontró, mirando serenamente la escena mientras su pelo blanco era soplado por el viento. Cuando Edison vio a su hijo le gritó. Charles ¿dónde está tu madre? Encuéntrala y tráela porque quizá en toda su vida no volverá a ver un incendio tan grande como este. Al día siguiente, Edison miró las ruinas y dijo: Hay un gran valor en el desastre. Todas nuestras equivocaciones se quemán. Agradecemos a Dios que podemos volver a comenzar.

Después de esta historia trágica tres semanas después del incendio, Edison sacó a la luz el primer fonógrafo. Indudable que con el Señor siempre hay un nuevo comienzo, como dijo Job, “aún del polvo nos levantará” (Jb 19,25). Solo con el Señor tenemos nuevas y grandes esperanzas”.

Al escuchar estas palabras: De pie sobre la tierra. Quiero recordar tal hecho que puede ser realidad para algunos. Por fuertes que sean los incendios en nuestra vida, lograré estar seguro que, con el Señor a mi lado, siempre hay esperanza para volver a comenzar, para levantarme de nuevo.

Con esta atrayente enseñanza hallamos una gran revisión de vida. Ahora toca decir como Job en medio de sus crisis: “Yo sé que mi Señor vive y aún del polvo de la tierra me levantará”. Hay seguridad en amarte y en servirte. O como, Agustín de Hipona, en un instante de su vida vivió ansioso de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un

segundo de perspicacia y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en su obra de las Confesiones:

“

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste” (conf. 10,27,29).

Revisión de vida:

- Cuantas personas he encontrado en la vida llorando sus pérdidas y dolores y por estar llorando tales cosas no han tenido tiempo ni fuerza para volver a levantarse. Dios ha dicho, nuevas son todas las cosas. Tener los pies sobre la tierra.
- Ciertamente todas nuestras equivocaciones se queman, pero aún del polvo y de la ceniza podemos volver a comenzar. Este es un buen día para volver a comenzar. Con el Señor todo comienzo es más fuerte y sólido porque la enseñanza obtenida en la pérdida, clarifica mi visión y amplía mi camino para volver a comenzar.
- El Apóstol Pablo comenzó de nuevo mientras iba camino a Damasco. Agustín de Hipona después de tanto divagar en la vida se levantó y aunque todo lo anterior se quemó llegaron a ser el Apóstol Pablo y Agustín con nuevas bases y buenos fundamentos.
- En el largo camino de la vida de las personas aún las pérdidas se convierten en ganancias. Hoy quiero aprovechar las circunstancias por difíciles que sean para caminar en un nuevo camino.
- Agustín de Hipona, dice: “Como el Principio de un hecho es partir, y la culminación es la llegada; la tarea de la enseñanza es el

comienzo, y la culminación, la comprensión o asimilación de la sabiduría” (ciu. 7,9,1).

- Cada enseñanza aprendida en el largo trayecto de la vida tiene raíces profundas para que germine un nuevo árbol. Este es un buen tiempo para comenzar de nuevo con fe, esperanza y amor. ¡Creo Señor, pero aumenta mi fe! “Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí” (conf. 3,3,5).

Los antiguos pronunciaban estas sabias palabras: “Confía, ten fe, descansa y pídele a Dios. Él nunca nos abandona. Reposa en Dios en los instantes buenos y en los difíciles”. “Dios es Aquel que todo lo llena en todos” (Ef 1,23). En quien “nos vivimos, nos movemos y somos” (Hechos 17,28). Su Gloria y sus maravillas iluminan a toda persona. Sin embargo, la triste realidad es que la mayoría de las personas vivimos de espaldas a esta posibilidad, y vivimos en el día a día apartados de Dios.

La fe alcanza a apagarse en nosotros sin que de ningún modo nos haya asaltado una duda. Si no la cuidamos, puede irse diluyendo poco a poco en nuestro interior para quedar reducida simplemente a una costumbre que no nos atrevemos a abandonar por si acaso. Distráidos por mil cosas, ya no acertamos a comunicarnos con Dios. Vivimos prácticamente sin Él.

Agustín de Hipon expresa:

“

La vida es el examen más dificultoso. La mayoría fracasa por intentar copiar a los demás, sin darse cuenta que todos tenemos un examen diferente”.

¿Qué podemos hacer? No es necesario grandiosas cosas. Es inútil que nos hagamos propósitos extraordinarios y probablemente no los vamos a cumplir. Lo primero es orar como aquel desconocido que un

día se acercó a Jesús y le dijo: “Creo, Señor, pero ven en ayuda de mi desconfianza”.

Con un corazón sencillo se repiten. Dios las concibe. Él despertará nuestra confianza. Poco a poco irá transformando nuestra alma e irá convenciéndonos suavemente con su amor, con su bondad, con su alegría. Si escuchar la Palabra de Dios puede cambiar el corazón, cuánto más no podrá hacer Él cuando le tenemos dentro. En nuestro interior. “No quieras derramarte fuera, entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior habita la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mutable, trasciéndete a ti mismo” (uera rel. 39,72). “Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1). Se articula que la interioridad es el lugar de las grandes preguntas y de las grandes certezas y convicciones.

7. Fe firme: Inquebrantable e inamovible

A veces luchamos contra fuerzas intensas desde afuera y desde adentro. Solo podemos luchar contra estas fuerzas con una fe firme, inquebrantable e inamovible. Es inútil luchar si no hemos tomado esta actitud. Si somos sinceros, podemos resistir a los males y permanecer firmes después de haber superado todas las cosas. ¡Qué promesa: ¡Luchar sobre todas las cosas! Colmemos nuestros corazones con la Palabra de Dios. Cuando nuestra fuerza está en Dios tenemos la promesa de un gran poder para vencer el mal.

Esta es otra historia basada en hechos reales, narrada por Jesús Adrián: Es la primera vez que él, nos presenta algo fuera de lo que tiene que ver con su carrera musical, aunque bien lo relaciona en el documental titulado: **“Ariel, Fe y confianza”**, en donde nos relata de cómo una de sus canciones evitó que Ariel, un joven fotógrafo de 26 años, se suicidara, por no soportar la depresión y soledad por la pérdida de su esposa.

Al escuchar esta historia pensé de inmediato en el valor de estas dos cosas: el valor de la vida y el valor de la amistad. Sí. La vida empieza a tener valor cuando sirves a otro a ponerse de pie y a andar. Cuando miras al cielo y ves las estrellas que someten el firmamento, y comprendes que no estás solo, percibes que la vida es mucho más que el simple latir de tu corazón.

La historia está basada en hechos reales:

Ariel, Fe y confianza

Inicia con la muerte del padre de Ariel, quien falleció, sin embargo, Ariel soporta la tormenta ayudado por su mamá y su novia Mariela, con la que se casa en mayo de 1999. Fotógrafo de profesión Ariel, pronto su esposa aprendió a ser camarógrafa y ambos comenzaron a trabajar juntos, pero en una boda, el 11 de septiembre de 1999, cuando los dos estaban trabajando, Mariela, cayó al suelo sorpresivamente, la trasladaron al hospital y allí le diagnosticaron, que le había ocurrido un derrame cerebral, dos días después Mariela, abandonó este mundo, para estar en los brazos de Jesús.

Ariel, padeció la soledad más cruda de su vida y pronto desarrolló un resentimiento en contra de Dios y volvió a visitar la tumba de su padre, para lamentar y revivir la muerte de su progenitor.

La depresión llevó a que Ariel se mantuviera encerrado en su cuarto durante 4 meses, pero la falta del amor de su esposa, causó dentro de Ariel, la decisión de quitarse la vida, aún a pesar que este hombre tenía 12 años de ser cristiano, pero cuando se iba a lanzar desde un puente Ariel, dice que escuchó la voz de Jesús, y de pronto se acordó una de las canciones de Jesús Adrián Romero: “y esperaré pacientemente, aunque la duda me atormente, yo no confío con la mente lo hago con el corazón, y esperaré en la tormenta,

aunque tardare tu respuesta, yo confiaré en tu providencia, tú siempre tienes el control.

Ariel, desistió y volvió a sentir esperanza de que algún día volvería a encontrarse con Mariela y su papá”.

Revisión de vida:

- Desarrollar una fe firme: inquebrantable e inamovible requiere tiempo. Nacemos espiritualmente por medio de una fe sencilla, como la de un niño que recibe a Cristo. Las convicciones se nutren de un conocimiento cada vez mayor de Dios, y de una confianza cada vez mayor en Él. Experimentar su protección, su provisión y su poder en los momentos de prueba fortalece nuestra fe.
- El profeta Daniel es un buen ejemplo de esto. Cada vez que su fidelidad era probada, elegía depender de Dios. A veces, era forzado por las circunstancias, como cuando tuvo que enfrentar la orden de comer alimentos sacrificados a los ídolos (Dn 1,8). En otras ocasiones, iniciaba voluntariamente una situación difícil con el fin de ayudar (Dn 2,24). En cada caso, seguía la dirección de Dios.
- En hebreos 11 representa otros ejemplos de fe firme y obediencia. Noé, cuando fue advertido acerca de cosas que no veía, obedeció a Dios y construyó el arca. Y, Abraham dejó su tierra para irse a un lugar que aún no conocía, en fe y obediencia al Señor. Luego, en el Nuevo Testamento, el Apóstol Pablo se disponía a ser arrestado por los cristianos cuando se encontró con el Señor. Dio un giro a pesar de las amenazas, las golpizas y los naufragios, y obedeció a Dios y predicó el evangelio.
- Una fe firme: inquebrantable e inamovible, en los creyentes actuales manejan la fe como una afirmación mental, como una afirmación de credo, reflexiona Jesús Adrián Romero, pero enfatiza

que la fe, no consiste en memorizar versículos bíblicos, sino en una relación cercana y personal con Dios, es la total confianza y absoluta en un Dios que nos ama, que nos ayudará a salir de cualquier circunstancia o situación difícil y la tornará a nuestro favor.

Veamos paso a paso qué nos enseñó, esta historia real de hechos:

- ¿Cuántas veces nos lo han dicho? Una crisis es una oportunidad, superar un trauma nos hace más fuerte. Pero no es tan fácil. Porque las personas que atraviesan las crisis con éxito utilizan una combinación de dos estrategias: Enmendar y entender. Resuelven lo que pueden resolver, pero saben también cuándo abandonar ese enfoque y buscan redefinir aquello que no es posible solucionar.
- Los que usan la evitación quedan atollados en la crisis. Prestan tanta atención a minimizar el dolor que el problema se enquistado, o, peor aún, va empeorando en espiral. Vale aquí aquella frase que Giorgio Nardone: “Si va a evitar algo, evite evitar”.
- En estos tiempos complicados que nos toca vivir, hemos oído mil veces que las dificultades son una oportunidad, pero no nos engañemos, no siempre es así. Para atravesar los instantes difíciles y salir más fuertes hemos de estar dispuestos a ponernos a prueba, a pensar diferente. Solo así, las decisiones tomadas se fijan y perduran en el tiempo.
- Las situaciones traumáticas ofrecen una “ventana de cambio”. Un tiempo en el cual, si tomamos decisiones, el cambio tiene una mayor tendencia a permanecer y no regresamos a los viejos carriles como sucede muchas veces, que los propósitos solo se quedan en palabras: Este año haré más ejercicio y a partir de mañana dedicaré menos tiempo al trabajo, debo de descansar para mi salud.

Es cierto que, al conocer y confiar en Dios mediante su Hijo, experimentar su presencia, y vivir en obediencia a Dios son los elementos necesarios para desarrollar una fe inquebrantable. El Señor dijo que nuestra obra es creer en Él (Jn 6,29). Con la ayuda del Espíritu Santo, todos podemos tener una fe inquebrantable.

Al ir conociendo el corazón de Dios aprendemos a descansar en Él; aceptamos sus propósitos y disfrutamos de una vida en plenitud. No resulta fácil confiar en alguien a quien no conocemos, por eso, empezar a desarrollar ese sentimiento de bienestar, no es algo instantáneo, es necesario invertir tiempo. Lo mismo sucede cuando nos acercamos a Dios; para tener la certeza que Él se interesa por nosotros y tiene bajo su cuidado cada área de nuestra vida, debemos cultivar una íntima relación con su presencia.

a. Atrévete, a ojearlo

Con insistencia percibimos a la gente comentar después de un instante difícil vivido ven sus vidas repetir las palabras de Agustín de Hipona:

“

En mi corazón soy lo que soy” (conf. 10,3,4).

Que fácil enunciarlo, pero después de una reflexión y discernimiento de vida, al echarle una ojeada con calma y atención, nos damos cuenta que deberíamos vernos como en un espejo, atrévete, a ojearlo.

La vida debe tener un buen equilibrio. Se amable pero que nadie abuse de ti y por último confía, pero no dejes que nadie te engañe. Al hablar de lo débil confesamos aspectos fuertes de nuestra vida, que hemos superado y logrado gracias a los consejos de otros.

El Papa Francisco ha pronunciado estas palabras en estos tiempos de peligro y de dificultades: “Nos dimos cuenta de que estábamos en

la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. Nadie se salva solo de la crisis”.

Agustín de Hipona, dice:

“

Cuando nuestro corazón se levanta a Dios, se hace su altar” (ciu. 3,2).

La tranquilidad no es el objetivo, es el camino. El ser feliz no consiste en hacer lo que quieras, sino amar lo que haces. “Nadie logra de Dios la firmeza, sino quien en sí mismo reconoce su flaqueza” (s. 76,6).

La prosperidad es una elección, no un resultado. Nada puede hacerte feliz hasta que decidas ser feliz. Ninguna persona te hará feliz a menos que decidas ser feliz. La prosperidad no vendrá a ti. Solo puede venir de ti.

Es cierto que nos toca caminar juntos a todos, cuidémonos los unos a los otros, cuídense entre ustedes, no se hagan daño, cuídense la vida, cuiden la familia, cuiden a los niños, cuiden a los viejos, que no haya odio, que no haya pelea, dejen de lado la envidia, dialoguen entre ustedes, que este deseo de cuidarse vaya creciendo en el corazón y acérquense a Dios, enseñó el Papa Francisco.

Al mirarnos como en un espejo, atrévete, a ojarlo descubre primeramente a callar para poder hablar con acierto y tino, porque si hablar es plata, callar es oro. Así como tú callas y defiendes cubriendo los defectos ajenos con la misma medida, serás defendido por Dios y puesto en sus manos. Él, nos estimula como el buen maestro, cuando pronunciaba a sus alumnos: “Si siembro un deseo, recogeré una acción. Si siembro una acción, recogeré una costumbre. Si siembro una costumbre, recogeré un carácter. Si siembro un carácter, recogeré un destino”.

Hay que desconfiar de los que venden la felicidad a bajo precio, como sospechamos cuando en el mercado nos brindan la fruta o el pescado casi regalados, seguros de que están podridos o rancios. Ninguna felicidad verdadera es barata.

La felicidad que Cristo nos ofrece es tan luminosa y clara que mucha gente no la ve. Muchos la confunden con estrellas del antojo e ilusiones superficiales y endebles. Pero, claro, cuando a veces esta felicidad verdadera se oculta, se acobardan, se alejan, se amedrentan y como muchos de los discípulos no admiten y ven como inadmisibles las palabras de Jesús. ¿Por qué? Porque eran unos discípulos que buscaban la felicidad barata de los milagros, de los panes y peces gratis, que buscaban y estaban con Jesús mientras no se presentaba ninguna cuesta arriba.

Las aventuras con Cristo son calvarios, cuestan. Pero el que se embarque con Él será verdaderamente feliz, aunque no vivirá despreocupado y comodón. Habrá cosas que ignorará y no comprenderá, pero quien persevera hasta el final se salvará. Será verdadera y eternamente feliz.

Al decir que nuestra vida es como estar al frente de un espejo que hay que ojearlo, por inservible: “Como un espejo abandonado en el sótano, lleno de polvo y en la oscuridad ya no refleja ninguna imagen clara, así tu vida puede llegar a llenarse de polvo y a no reflejar con claridad la imagen de tu quehacer”. Precisamos lo siguiente: Si sonrío, el espejo me devuelve la sonrisa. La actitud que tome frente a la vida, es la misma que la vida tomará ante mí. El que quiera ser amado, que ame. Al revisar nuestra vida, decimos:

- Hay tres enfoques en cada historia: mi verdad, tu verdad y la Verdad. Que toma mucho tiempo llegar a ser la persona que deseas ser.
- Que es más fácil reaccionar que pensar.

- Que podemos hacer muchas más cosas de las que creemos poder hacer.
- Que no importan nuestras circunstancias, lo importante es cómo interpretamos nuestras circunstancias.
- Que no podemos forzar a una persona a amarnos, únicamente podemos ser alguien que ama. El resto depende de los demás. Que requiere años desarrollar la confianza y un segundo destruirla.

Hay que aprender a obedecer y confiar en Dios, y esto es algo que se aplica para cada espacio de su vida. Creer que, para desarrollar una confianza plena en Dios, que nos permita descansar en que obrará en nuestro favor y tiene el control absoluto, nos lleva a tomar la resolución de hacer de la Palabra nuestra prioridad, pues sólo a través de ella podemos conocer su corazón, su poder, su autoridad y nos llenamos de la seguridad de que el Señor cuidará de nosotros, de nuestro hogar, de nuestros hijos y de nuestro fruto.

b. Estar con Dios

*“Dios da forma a nuestras vidas con amor”
Agustín de Hipona.*

Somos frágiles y estamos rodeados de un mundo de fragilidad: A esta realidad no le podemos dar otros nombres. Al percibir lo que es el pecado es preciso reconocer la relación del hombre con Dios, porque fuera de esta relación, el mal del pecado no es revelarlo en su verdadera identidad de rechazo y oposición a Dios, aunque continúe pesando sobre la vida del hombre y sobre la historia.

Es posible estar al lado de alguien y no llegar a conocerlo, compartir la vida con otro y en el fondo no saber su verdad. Así nos pasa con Dios, con la familia y con los amigos. Podemos decir que creemos en Ellos, que los conocemos, pero en el fondo solo buscamos nuestros

intereses, nuestra gloria, los beneficios que puede proporcionarnos la convicción.

La situación es penosa. Mencionemos uno de tantos ejemplos: Jesús abriéndole el corazón a sus discípulos, mostrándole el trago amargo por el que tiene que pasar y ellos, a lo suyo. Los hijos del Zebedeo, a través de su madre, piden la seguridad y el prestigio de un buen puesto. Los otros, indignados por esta petición que en el fondo también manifiesta su enfado porque ponen en peligro su futuro. ¡No sabéis lo que pedís! ¿Cómo lo iban a saber si seguían sin darse cuenta de que era el Hijo del Hombre quien les conducía? Serán necesarias la cruz y la mañana de Pascua, la huida en medio del pánico y el bautismo del Espíritu. Serán necesarias la Mesa compartida en memoria de Él y la copa del Reino, para que, poco a poco, sepan.

Una cosa es estar en las cosas de Dios y otra muy distinta es estar en Dios. Jesús, encamina esta lucha de intereses entre los suyos, abriéndoles la mente y el corazón para que entiendan que el Reino que Jesús ha inaugurado con su vida, solo se entiende desde el servicio y la entrega. Que no se trata de querer salvar al mundo, sino de sumergirse en el torrente de amor que lo renueva todo. Beber de la copa con toda humildad y dejar que Cristo nos conduzca. Compartir el destino del Señor día a día. Hasta el final. ¿Lo entiendes ahora?

Hay ambiciones y errores, es más, por experiencia conocemos los propios y los ajenos y una parte significativa de nuestra existencia consiste en confiar, comprender, perdonar y disculpar defectos de otros, a la vez aprender a solicitar el perdón de Dios. Con esta frase: “Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno”, el proverbio latino consignado por Publio Terencio Africano, Posiblemente nunca somos más grandes que cuando suplicamos ese perdón, por ser débiles o frágiles y por ser humanos. Efectivamente. Nada humano me es ajeno y hay que pedirle con humildad a Dios que nos enseñe a ser otros, a levantarnos, a discernir en la vida y a ofrecerle siempre los dones recibidos.

El discernimiento de la nada del cual somos nos lo da el amor incondicional de Dios. De la sorpresa y el asombro de ser amados por lo que somos nace nuestra experiencia de pequeñez, nuestra nada, ante Él. Nuestras miserias y pecados, esos que nos humillan y avergüenzan, nos revelan el amor inmenso de Dios, porque cuando nosotros somos incapaces de amarlo, Él sí lo hace. Él nos ama aún con nuestro pecado. Su amor y la conciencia de nuestra nada, porque no estamos libres de pecado para arrojar la primera piedra, es lo que nos vuelve compasivos y misericordiosos con los demás. Cuando creemos que Dios debe amarnos porque somos buenos su amor deja de ser gratuito y se convierte en algo debido.

“Dentro tendré la caridad; no estará en la superficie; en lo más íntimo del corazón estará lo que amo. Nada hay más interior que nuestra medula”
(ciu. 65,20).

Al derramar nuestra razón de nada ante Él, su amor deja de ser incondicional y se convierte en premio de los buenos. Quien piense así difícilmente será misericordioso con los demás porque se pondrá como medida de todas las cosas y juzgará a los demás. ¡Qué fácil es juzgar! Jesús lo dijo al contar aquella parábola a Simón el fariseo; “a una persona a quien se le perdona poco demuestra poco amor” (Lc 7,47). El cura de Ars, fue un hombre consiente de sus miserias y del amor de Dios, por eso hoy es ejemplo de misericordia y compasión. “En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a su Creador” (Io. eu. tr. 18,10).

Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia; ya que, la misericordia de Dios es para corazones arrepentidos, no para corazones obstinados que rechazan su amor y gracia, desobedeciendo abiertamente sus preceptos.

Los hombres conquistamos errores en el transcurso de la vida, pero debería asumirlos con humildad y paciencia, aprender de ellos. Ayudarán a mirar mejor la fragilidad y levantarse de la crisis que ellos mismos le causaron: Casi siempre aprendemos más de los fracasos que de los triunfos. ¡Cuán importante es aprender a fracasar! ¡Cómo nos sirve recordar que es sabiendo perder como se llega a ganar! Hay que educar en el arte de fracasar porque estamos asediados por un facilismo y un inmediatismo que dan miedo.

Sí. En este mundo de una comodidad refinada es difícil aceptar que aprender a vivir es como aprender a caminar: aprender a punta de tropezones, caídas y un buen número de golpes. Nadie camina bien en los primeros intentos. Los Romanos expresaban: uno aprende equivocándose. En latín: Discitur: Errando, con lo cual no se está patrocinando la mediocridad sino aceptando con realismo, que es de sabios el saber presupuestar pérdidas e imprevistos. Nos hace bien vacunarnos contra la soberbia que engendran los triunfos fáciles. Lo mejor es graduarnos en sencillez y en perseverancia.

La misericordia tiene un papel esencial en nuestra existencia: es perdonar de forma que hagamos incluso propia la miseria ajena. La misericordia es la manifestación más hermosa del amor de Dios. Y, el Papa Francisco, ha repetido ideas parecidas en multitud de ocasiones, reconociendo que nada humano me es ajeno. Porque el cimiento más íntimo de los seres humanos radica en la necesidad que tenemos unos de otros, más allá de las necesidades puritanas o calvinistas que pretenden lo contrario y se resumen en el lapidario y falaz principio de que uno solo debe cuidarse de sus propios asuntos y nada más.

8. Todo a su tiempo

Agustín de Hipona, dice:

“

Nada está perdido mientras sigamos buscado” (mus. 6,23).

Estas palabras suenan fáciles para el que tenga una persuasión de desprendimiento en la vida y es consciente que al caer se levanta. Otros no son capaces y llegan a cuestionarse ¿Dónde está Dios? Dicen que Dios tarda, pero nunca falla. He aprendido que Dios no tarda, ni falla. Sus proyectos son más grandes que nuestra imaginación y nuestro entendimiento, son perfectos.

Es una tontería sentarnos con un reloj a esperar a que las cosas sucedan a nuestra conveniencia o según nuestra razón o juicio. Todo sucederá cuando debe ser, cuando tiene que ser, según sus tiempos. “Cuando un hombre actúa por fuerza, no por convicción, todo intento por hacerle abandonar el mal y comprometerse con el bien produce más trabajo que provecho” (ep. 110,2).

Es seguro que después de un lapso “tiempo, uno aprende la sutil diferencia entre sostener una mano y encadenar un alma, y uno aprende que el amor no significa acostarse y una compañía no significa seguridad, y uno empieza a aprender. Con el tiempo aprendes que estar con alguien porque te ofrece un buen futuro, significa que tarde o temprano querrás volver a tu pasado”, lo dice, Borges, el escritor de cuentos, ensayista y poeta.

Agustín de Hipona, quien lo vivió en carne, dice:

“

A cualquier parte que vaya me sigo. Tú, hombre, puedes huir a donde quieras, pero no fuera de tu conciencia. Entra en tu casa, descansa en tu lecho, penetra en lo interior; nada más interno puedes hallar a donde huir fuera de tu conciencia, si te recuerden tus pecados” (s.1,8).

Dios hace las cosas perfectas y correctas, en un instante de tiempo da lo que le requiramos, sólo es tiempo, por ejemplo: “Una vez un hombre le pidió a Dios una **flor** y una **mariposa**. Dios le dio un cactus y un gusano, el hombre no entendió, pero aun así los conservo. Al tiempo del cactus brotó la flor más hermosa y el gusano se convirtió en mariposa”.

Es de concebir que todo tiene su tiempo, a veces **Dios no nos da lo que pedimos** prontamente; pero si sabemos apreciar lo que Dios nos da, tendremos lo que pedimos a su tiempo. Dios siempre concibe perfecta las vicisitudes. Su camino es el mejor, aunque a nuestros ojos parezca que todo está errado. Si has pedido a Dios una cosa y has recibido otra, confía. Ten la seguridad de que Él siempre te suministrará lo que necesitas en el momento adecuado. No siempre lo que deseas, es lo que necesitas. Como Él nunca falla en la entrega de sus pedidos, sigue adelante sin dudar ni murmurar. La espina de hoy, será la flor de mañana.

Al culmen de este escrito de la demanda de Kevin, sobre una frase que le proporcionaron y le indujo gran la atención, creo y estoy seguro, que no es el único que ha vivido estas situaciones reales y estas historias. El hombre por naturaleza es frágil y cae fácilmente, pero es capaz de levantarse y dar su paso con más firmeza. En estos instantes recuerdo que, a los 24 años, llegó mi primera caída. No sabía quién era, ni a dónde iba, cosa que me afectó en exuberancia por no tener una respuesta a la mano. Al caer en una fuerte depresión que me perduró 1 año hasta que en definitiva toqué fondo y me encontré con tan sólo dos caminos: Tomar otra actitud ante la vida e intentar estar a gusto conmigo mismo y darlo todo por perdido y que la vida hiciese lo que le viniese en gana.

No, puedo negar, que fue una experiencia increíble. El salir de ese agujero me hizo valorarme y conocerme a mí mismo a través de la crisis. Sucedió un cambio en mi vida y comencé a hacer cosas que no estaba acostumbrado concebir. A la vez presencié una luz en mi

interior, de haber conseguido unas palabras, no sé quién es el autor, pero me ayudaron a estar feliz, estas son las palabras: “La vida empieza a tener sentido cuando ayudas a otro a ponerse de pie y a andar. Cuando respiras hinchando tus pulmones de aire, y notas que no estás solo a pesar de estar en el desierto. Cuando miras al cielo y ves las estrellas que dominan el firmamento, y comprendes que no estás solo, comprendes que la vida es mucho más que el simple palpitar de tu corazón.

La vida tiene sentido cuando andas, cuando evolucionas, y no dejas tras de ti amargura. Cuando tras de ti has dejado amigos y hermanos, cuando has dejado un grato recuerdo en todo aquel que te ha conocido, es cuando la vida tiene sentido. Si tras de ti has dejado odio, éstas serán las raíces que darán en el futuro frutos amargos; si la planta que crece tiene raíces de amor, los frutos serán dulces y serán tu alimento en el andar de cada día. Apoya tu mano sobre el hombro de aquellos que andan contigo, porque si te sientes débil ellos te reconfortarán y si te sientes fuerte andarás más de prisa.

No te ates a las alabanzas. El que te quiere no te alaba, te apoya sin palabras. Sabrás quién es el que te quiere cuando te veas reflejado en él. Busca tu gloria, en la gloria de los demás, y los demás buscarán su gloria en ti. Si hablas a los demás, que tu palabra sea limpia; pero no hables con orgullo, porque hacerlo es hablar con falsedad. Usa todo lo que la naturaleza pone a tu alcance.

No malgastes tu tiempo. Tienes poco tiempo; justo el que estás disfrutando ahora. Trata de conocerte. No te mal utilices. Busca dentro de ti la solución a tus problemas. Si tienes que atarte, átate a ti mismo. No culpes a los demás de tus propios errores. Sé tu propio juez; pero un juez justo”.

Por último, recordaba estas palabras de nuestros padres antiguos: Para el pueblo judío Dios es invisible y lejano, sin embargo, nosotros, los cristianos gracias a Jesús sentimos a Dios cercano y amoroso, porque Dios se ha hecho presencia entre los hombres a través de

Jesús. Se ha hecho camino para que todos podamos llegar hasta el Padre y compartir con Él nuestras alegrías, nuestras tristezas, en definitiva, nuestra vida. El hombre busca a Dios sin saberlo y Dios busca al hombre. El encuentro entre ambos se realiza en Jesucristo, porque Dios se encarnó para estar cercano y visible. “Jesús es el camino, la verdad y la vida que nos lleva al Padre” (Jn 14,6).

Concluycamos con esta oración del salmo 8 este escrito:

*Majestad del Señor y dignidad del hombre
Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!*

*Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.
De la boca de los niños de pecho
has sacado una alabanza contra tus enemigos,
para reprimir al adversario y al rebelde.*

*Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?*

*Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:*

*rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar.*

*Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!*

(Salmo 8).

